

VERA GRABE

Una mirada sobre Colombia

La imagen violenta de Colombia, presentada habitualmente por los medios de comunicación como su realidad más visible, adolece de una visión de conjunto que refleje las tendencias pacifistas y en favor de la no violencia que manifiestan diversos sectores de la población. Una serie de procesos locales, urbanos y campesinos surgidos por propia iniciativa social muestra otra parte de la realidad sobre la que el Gobierno colombiano y la comunidad internacional deberían apoyarse para dar una respuesta eficaz al conflicto. El diseño de nuevas rutas hacia la paz pasa por el reconocimiento de esta realidad, condición previa para aprender de la propia experiencia y configurar un modelo de paz sostenible y ejemplificador para otros conflictos en el mundo.

La imagen que tiene el mundo de Colombia es bien conocida. Hoy es sinónimo de violencia y narcotráfico. Aparece en todos los récords de países, ciudades, sociedades violentas y así se traslada a las guías para el viajero, el turista, el inversor. Es una imagen alimentada por los grandes medios de comunicación, por intereses creados y por una realidad innegable.

Alrededor 25.000 muertos al año fruto de la violencia, la permanente violación de los Derechos Humanos, el fortalecimiento de la insurgencia armada y del paramilitarismo confirman esa representación deteriorada del país. Colombia vive una guerra cuyo principal blanco y víctima es, hoy por hoy, la población civil, una confrontación bélica planteada básicamente en función de la disputa de áreas de influencia o de interés económico, de territorio y espacios de poder local. Ejército, guerrilla y paramilitares no combaten entre sí, sino que actúan sobre la gente, cobrándose cuentas y obligándola a tomar partido por uno u otro bando de la contienda. Las masacres, ajusticiamientos populares, amenazas a pueblos y alcaldes forman parte de la vida cotidiana. Defensores de Derechos Humanos, pacifistas, ex guerrilleros en proceso de construcción de la paz son cada vez más objeto de intimidaciones y amenazas, puesto que para todos los bandos de la guerra son sospechosos. O estás conmigo o eres mi enemigo. Esa es la dinámica en busca de polarizar y

Vera Grabe es miembro del movimiento guerrillero M-19, ex parlamentaria del Congreso colombiano y agregada de Derechos Humanos en la Embajada de Colombia en España.

Contra una violencia que hoy prevalece y tiende a profundizarse existen unas crecientes corrientes de paz que recorren una sociedad vital y viva.

negar a la población y a la civilidad activa el derecho a no tener enemigos.

Visiones sesgadas de la realidad

Esta guerra sin perspectivas es un hecho cuyas noticias e imágenes se pueden encontrar casi a diario en cualquier periódico español. Pero estas informaciones no muestran toda la realidad. Poco o nada se habla de la paz, porque, equivocadamente, se supone que no existe. La mirada simplificadora y maniquea que genera la guerra también se traduce al mismo nivel: donde hay guerra no puede haber paz.

Sin embargo, quien se asoma a Colombia, descubre otro país. Al lado o contra una violencia que hoy prevalece y tiende a profundizarse y expandirse, existen unas crecientes corrientes de paz que recorren una sociedad vital y viva. No es exagerado afirmar que por cada acto de guerra hay un acto de paz. No como respuesta directa ni con efectos inmediatos, pero sí contemplado dentro del contexto general. Las manifestaciones en favor de la paz son la expresión de una sociedad no sólo cansada de la guerra, sino que también se resiste y siempre se ha resistido a ser involucrada y a dejarse polarizar y desintegrar.

De hecho, existe un movimiento pacifista. Se trata de los procesos de paz que desde 1990 condujeron a la desmovilización de ocho grupos armados y a un cambio democrático histórico, como fue elaborar y promulgar una nueva Constitución, en un ejercicio de pluralismo, consenso y concertación sin precedentes. Este pacifismo también se plasma en los esfuerzos de la sociedad desde sí misma. Ahí se encuentran los tenaces procesos locales de la población por hacer valer su derecho a autodeterminarse en paz frente a la guerrilla, los paramilitares y las Fuerzas Armadas, el rotundo rechazo a la guerra por la comunidad campesina de La India, la consulta popular contra la violencia impulsada desde la alcaldía de Aguachica, la valerosa resistencia de la alcaldesa de Apartadó y otros procesos locales que comienzan a agruparse en una naciente Red de Alcaldes por la Paz.

Iniciativas por la paz

La Red de Iniciativas por la Paz y contra la Guerra está generando un amplio proceso de participación de ciudadanos y alrededor de 300 organizaciones civiles, al impulsar en la actualidad la realización de un mandato por la paz que se exprese en las urnas. Tanto organizaciones de jóvenes, mujeres, centros de estudio, defensores de Derechos Humanos, programas de pedagogía y asociaciones de ex combatientes, como gestores de paz, núcleos de empresarios y artistas muestran una sociedad que no se resigna, sino que se mueve en busca de nuevas vías.

En estos sectores se cimientan bases para la paz, así como en conductas que cualquiera desde afuera aprecia de inmediato cuando se acerca a Colombia y está abierto a comprenderla tal como es, en su conjunto. Por historia, por herencia cultural, por mestizaje, el pueblo colombiano está constitui-

do por identidades múltiples, que generan una condición ambivalente y contradictoria. En la sociedad cohabitan el guerrero y el constructor, el vengador y el conciliador, las ganas de vivir y el absoluto desprecio a la vida. Se evidencian profundos rasgos de una cultura de paz, que se manifiestan en las actitudes frente a la resolución inesperada y sencilla de los problemas, en la capacidad de trabajo, iniciativa y creación, en la disposición a arreglar las cosas si no funcionan, en vivir siempre en presente, mirar y echar para adelante.

Aunque no lo parezca, estos rasgos caracterizan a la mayoría de la población. Pese a que el narcotráfico mueva millones de dólares y existan más de 15.000 guerrilleros y un número creciente de grupos paramilitares, hay muchos más ciudadanos movilizados por la paz y colombianos dedicados a trabajos que nada tienen que ver con el negocio de la droga. Sin embargo, ante el poder del dinero y las armas, esa faceta turbia de la realidad inunda y marca profundamente la vida del país.

La aportación de la visión positiva de la realidad de manera alguna pretende ocultar, negar o maquillar una verdad dolorosa y difícil. Pero la realidad asociada a la muerte violenta ya se conoce de sobra -se vive a diario-, así como la intolerancia originada y alimentada por una historia de exclusión y democracia precaria y una trayectoria de guerras civiles. Desenredar este conflicto es una tarea principal, pero ante todo es preciso descifrar previamente las claves de la paz, descubrir los pilares de apoyo para salir del atolladero. La violencia inmoviliza, paraliza, divide, genera sentimiento de impotencia. Esa es su función. En cambio, la paz da esperanza, mueve, integra. Por eso, es necesario echar mano de lo que tenemos de paz, hallar sus raíces, explorarlas y escudriñarlas.

Alguien se puede preguntar: ¿pero eso qué tiene que ver de cara al mundo? Lo primero que plantea es un acercamiento diferente. Si bien resulta difícil comprender del todo una realidad compleja que muchas veces uno mismo no logra descifrar, es importante ganar una actitud abierta a mirar con ambos ojos: el que ve la complejidad de la violencia y el que ve la riqueza de la paz. Y no quedarse en la mirada preestablecida de ver lo que Colombia no es y debería ser.

El rol de la comunidad internacional

A pesar de la particularidad y las propias raíces del conflicto colombiano, éste no se puede aislar de la comunidad internacional. Temas como el narcotráfico son problemas que el país solamente puede resolver en el marco de una solución mundial y multilateral. Son asuntos que competen a la comunidad internacional. No obstante, así como hay claves del conflicto que están más allá de las propias fronteras, también habría que hallar otras que ayudaran a resolverlo. Esta búsqueda depende del mundo, pero también de los propios colombianos.

Comunidad internacional equivale a Estados Unidos, que hoy, al finalizar la guerra fría, necesita nuevos frentes enemigos y chivos expiatorios, como

*En la
sociedad
cohabitan el
guerrero y el
constructor, el
vengador y el
conciliador,
las ganas de
vivir y el
absoluto
desprecio a la
vida.*

El esfuerzo continuado de los colombianos hacia paces conseguidas y en construcción no es más conocido porque tampoco se ha hecho de ellas un producto de exportación.

Colombia. Por ello, de pronto, se percibe a la Casa Blanca muy preocupada por algo que nunca estuvo en su agenda, la crisis de los Derechos Humanos, situación que obviamente tiene una base real, pero cuya explotación obedece a un interés político. Europa hoy está volcada sobre sí misma, obsesionada con la suerte del euro, y respecto a América Latina vuelta hacia el Cono Sur. Pero su apreciación de la situación colombiana puede ser diferente.

Comunidad internacional envuelve también a organismos multilaterales, ONG, iniciativas de paz, redes civiles, espacios de cooperación locales y regionales, en definitiva, un universo solidario y sensible a la paz y a los Derechos Humanos.

La comunidad internacional debe dejar de ser solamente quien juzga o califica los comportamientos de los colombianos, o que ofrece su territorio para mediar o realizar posibles, pero siempre postergadas, negociaciones de paz. Sería muy positivo poder concebir su participación en términos mucho más constructivos: tratando de entender las realidades, comprometiéndose con las posibles soluciones y con las diversas iniciativas de paz existentes, contribuyendo a edificar bastiones contra la violencia. Por parte del pueblo colombiano, una nueva concepción implicaría su conexión con el mundo, mayor comunicación, hacerse presente y articularse más en espacios de encuentro, reflexión, iniciativas, experiencias, redes de paz existentes o en proceso de creación.

Los esfuerzos civiles hacia la paz

Es preciso dar a conocer mucho más los esfuerzos de convivencia y reconciliación, lo cual no es tarea sencilla. A esta parte de la realidad se le opone el hecho de que la paz como construcción cotidiana resulta poco atractiva para la noticia espectacular. Contrarrestar la sombra que arroja la percepción negativa que existe y se reafirma todos los días, para mostrar otros matices, demanda un esfuerzo que va más allá de voluntades individuales y discursos oficiales que lo digan.

El esfuerzo continuado de los colombianos hacia paces conseguidas y en construcción -parciales, fallidas, inconclusas, imperfectas- no es más conocido porque tampoco se ha hecho de ellas un producto de exportación. El Estado, tradicionalmente refractario a apoyarse en la comunidad internacional para abordar temas como los Derechos Humanos y la paz, por considerarlo intromisión en asuntos internos, se halla en un lento proceso de cambio a ese nivel. No obstante, el Estado tiende a entrar exactamente en el juego defensivo que le plantea la comunidad internacional: responder a las acusaciones, tratar de portarse bien, lavar su imagen, negociar las sanciones o simplemente aceptar la realidad.

Al no asumir la paz como un proceso y, en esa medida, querer presentarla al mundo como total y acabada, el Estado escasamente reconoce y se apoya en las dinámicas existentes, tanto desde las instituciones como desde la sociedad civil, de las que podría servirse de carta de presentación, de punto de apoyo, de una manera de contrarrestar la violencia en el propio país.

La infinidad de procesos sucedidos no es historia pasada, como muchos piensan. La incorporación de diversos grupos armados a la dinámica civil tiene bastante que enseñar, no como modelo, sino como experiencia y por lo que para la sociedad misma ha significado. Ésto es, entender que hay que preparar a la sociedad y al Estado para recibir la paz, que el proceso apenas comienza con la firma de los acuerdos y que se trata de un aprendizaje y una creación permanentes que es preciso cultivar, perfeccionar, evaluar, cuidar, sostener y nutrir todos los días. El caso colombiano puede configurarse como un ejemplo, un interesante referente o una experiencia útil para otros conflictos en otros lugares del planeta.